

9

Un grado superior de agradecimiento

ISMAEL CASTILLO OSUNA

“Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:14, 15).

Elegí este texto porque considero que la cruz de Cristo es el todo de la vida del hombre. Como instrumento de tortura y muerte, el Hijo de Dios la convirtió en fuente de salvación. De la cruz surge la luz para el mundo. Por esa razón elegí este sermón.

Pero para entenderlo mejor, vayamos al capítulo 19 del evangelio de San Juan, desde los versículos 38 al 42: “Después de todo esto, José de Arimatea, que era discípulo de Jesús, pero secretamente por miedo de los judíos, rogó a Pilato que le permitiese llevar el cuerpo de Jesús; y Pilato se lo concedió. Entonces vino, y se lo llevó. También Nicodemo, el que antes había visitado a Jesús de noche, vino trayendo un compuesto de mirra y de áloes, como cien libras. Tomaron, pues, el cuerpo de Jesús, y lo envolvieron en lienzos con especias aromáticas, según es costumbre sepultar entre los judíos. Y en el lugar donde había sido crucificado, había un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo, en el cual aún no había sido

puesto ninguno. Allí, pues, por causa de la preparación de la Pascua de los judíos, y porque aquel sepulcro estaba cerca, pusieron a Jesús”.

¿Creen que el acto de Nicodemo fue fruto de la caridad? ¿Una reacción tardía a su respeto y admiración por Jesús? ¿Una muestra de su arrepentimiento por no haber hecho algo por Jesús en vida? ¿Por qué habría de identificarse con un muerto? ¿Qué le esperaba el lunes cuando se presentara al Sanedrín? Ese lunes nunca llegó...

Toda la ciudad estaba convulsionada por la tumba vacía. Nicodemo no se presentó a sus oficinas en el centro legislativo. Pero ese viernes de tarde, mientras Nicodemo miraba hacia arriba y contemplaba en la cruz el cuerpo de Jesús, tuvo que haber recordado aquella declaración en la entrevista nocturna, que fue como una clave, un código, que ahora describía: “Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:14, 15).

El lunes ya no tuvo necesidad de ir a su oficina en el recinto legislativo de la nación. Ese lunes, Nicodemo ya disfrutaba la vida eterna. Ya había comprendido el pasaje más conocido de todas las Santas Escrituras: “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:16).

Volvamos a las preguntas iniciales, que surgen del pasaje en el que Nicodemo, junto con José de Arimatea, van a la cruz a bajar el cuerpo de Jesús para sepultarlo: ¿Creen que el acto de Nicodemo fue fruto de la caridad? ¿Una reacción tardía a su respeto y admiración por Jesús? ¿Una muestra de su arrepentimiento por no haber hecho algo por Jesús en vida?

Nicodemo aparece tres veces en el escenario de los evangelios. Las tres veces en el Evangelio de San Juan. La primera vez, en una entrevista con Jesús, entre las sombras de la noche, en el jardín donde el Señor acostumbraba pasar algunas noches con sus discípulos. Es sin duda una de las entrevistas más famosas del Maestro de Nazaret (Juan 3:1-21).

La segunda vez que encontramos a Nicodemo es en medio de la asamblea legislativa, el Sanedrín, interviniendo a favor de Jesús. Veán en San

Juan 7:50 al 52: "Les dijo Nicodemo, el que vino a él de noche, el cual era uno de ellos: ¿Juzga acaso nuestra ley a un hombre si primero no le oye, y sabe lo que ha hecho? Respondieron y le dijeron: ¿Eres tú también galileo? Escudriña y ve que de Galilea nunca se ha levantado profeta".

Y la tercera vez que Nicodemo aparece en los evangelios es al pie de la cruz, encontrándose con su Salvador.

El Nicodemo de la entrevista con Jesús ilustra muy bien lo que significa vivir en un nivel religioso aceptable por la sociedad. Vayamos al capítulo 3 y leamos el versículo 1: "Había un hombre de los fariseos que se llamaba Nicodemo, un principal entre los judíos".

¿Podría haberse encontrado un representante más distinguido de la vida religiosa de aquellos tiempos?

Sin duda, ese era Nicodemo, y esa noche se iba a encontrar de frente con Jesús, que representaba una vida religiosa fresca, renovada. Se iban a encontrar frente a frente dos filosofías de la vida. Se esperaba en realidad una verdadera colisión.

Nicodemo no pudo ocultar la señal distintiva de su vida religiosa: "Sabemos", dice el versículo 2. El saber era el *sumum bonum* de la vida espiritual de aquel tiempo.

Pero el que llegó sabiendo, demostró que en realidad no sabía. Leamos los versículos 9 y 10: "Respondió Nicodemo y le dijo: ¿Cómo puede hacerse esto? Respondió Jesús y le dijo: ¿Eres tú maestro de Israel, y no sabes esto?"

En los primeros días de octubre de 1998 se realizó en París la Conferencia Mundial de Educación Superior. Allí se dijo que el saber no es suficiente. En realidad nunca ha sido suficiente. Jesús le dijo a Nicodemo que mientras el saber no llegara a un compromiso no podría ver el reino de Dios. En esa entrevista, Jesús le mostró los compromisos que el cielo estaba haciendo: Él iba a ser levantado, iba a dar su vida.

Si Dios solo se quedara en el saber, entonces tendríamos un Juan 3:16 un poco diferente. Parafraseándolo: "Porque de tal manera sabía Dios lo que había pasado en el mundo que desarrolló todo un planteamiento filosófico y elaboró los argumentos para invitar a los hombres a la vida eterna". ¿Verdad que no sería suficiente para nuestra salvación?

Recuerdo la historia de José Damián, un joven sacerdote católico de Bélgica. Oyó hablar de una colonia de leprosos en las islas Molokai, en Hawaii. Se sintió muy angustiado al conocer la miseria de los enfermos en ese lugar. Se llenó de compasión y se fue como voluntario. Al llegar, la realidad fue más terrible que lo que había escuchado. El espectáculo era tan terrible que no se atrevía a acercarse a los enfermos. Estableció una clara distancia. Se presentaba los domingos en la capilla para predicar, y luego se encerraba en su choza y no salía en toda la semana.

Pero advirtió que su predicación no tenía efecto. Entonces decidió acercarse a los enfermos, comer con ellos, limpiarles y vendarles sus heridas, lavarles sus ropas; es decir, se hizo uno de ellos. Como resultado de ese acercamiento, José Damián murió leproso. Pero antes de morir tuvo la alegría de ver cómo todos los habitantes de la colonia se habían entregado a Cristo.

El compromiso es un grado superior de agradecimiento. Estamos tan acostumbrados a dar las gracias. Cuando nos dan el paso, volteamos y para mostrar nuestro agradecimiento decimos: "Muchas gracias".

"Muchas gracias" al taxista; "muchas gracias" a quien nos atiende mientras compramos; a los compañeros de trabajo. A Dios también le decimos "muchas gracias".

Nicodemo también agradeció a Jesús: "porque nadie puede hacer estas señales que tú haces". Y no sería antojadizo pensar que luego de ese reconocimiento hubiera dicho: "Muchas gracias por todo lo que estás haciendo por nuestro pueblo".

Jesús le mostró enseguida un grado superior de agradecimiento: el compromiso. "Nicodemo, tienes que comprometerte... es como nacer otra vez... de agua y del espíritu".

Todo eso comprendió Nicodemo aquel viernes de tarde mientras contemplaba a Jesús en la cruz, levantado como Moisés levantó la serpiente en el desierto.

El conocido escritor Max Lucado escribió: "La cruz. ¿Puedes dirigir la mirada a cualquier parte sin ver una? Encaramada en lo alto de una capilla. Esculpida en la lápida en el cementerio. Tallada en un anillo o suspendida de una cadena. La cruz es el símbolo universal del cristianismo. Extraña decisión, ¿no crees? Extraño que un instrumento de tortura llegara a represen-

tar un movimiento de esperanza. Los símbolos de otras religiones son más optimistas: la estrella de seis puntas de David, la luna en cuarto creciente del Islam, una flor de loto del Budismo. ¿Pero una cruz para el cristianismo? ¿Un instrumento de ejecución? ¿Te pondrías una pequeña silla eléctrica en el cuello? ¿Suspenderías una horca de oro plateado en la muralla? ¿Imprimirías una foto de un pelotón de fusilamiento en una tarjeta de negocios? Pero eso es lo que hacemos nosotros con la cruz” (*Él escogió los clavos*, pp. 110, 111).

Por eso cantamos: “En el monte Calvario estaba una cruz/ emblema de afrenta y dolor/ Y yo amo a esa cruz, do murió mi Jesús/ por salvar al más vil pecador”.

Y lo hizo para que nosotros jamás nos sintiéramos desamparados. Para asegurar para siempre el consuelo que provee su compañía.

Por eso se acercó el leproso, diciendo: “Si quieres, puedes limpiarme” (Mat 8:2).

Por eso, unos hijos confiados bajaron por el techo a su padre y lo pusieron frente a Cristo: “Y le rogaron que lo sanara” (ver Mar. 2:4).

Por eso, una mujer cananea tuvo la terquedad de superar todas las barreras y plantarse frente a Jesús con la seguridad de que la escucharía: “¡Señor, Hijo de David, ten misericordia de mí! Mi hija es gravemente atormentada” (Mat. 15:22).

Por eso, Marta y María expresaron con profunda seguridad: “Señor, si hubieses estado aquí, nuestro hermano no habría muerto” (Juan 11:21).

Por eso, Zaqueo se paró delante del pueblo y comenzó a devolver lo que había robado (Luc. 19:8).

Por eso la mujer samaritana corrió al pueblo de Sicar y trajo a un montón de gente para que conocieran al Maestro, a quien había decidido seguir (Juan 4:42).

Por eso, allí, en la misma cruz, el ladrón de al lado le dijo confiadamente: “Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino” (Luc. 23:42).

Por eso, los viajeros a Emaús se decían uno al otro: “¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablaba en el camino?” (Luc. 24:32)

El legítimo encuentro con Jesús nos lleva a un compromiso: Nicodemo pudo haberlo comprendido todo en la intimidad de su hogar, y allí en su cámara secreta haber rendido su corazón a Jesús.

Pudo haber convocado a sus amigos más cercanos (entre ellos, José de Arimatea) para una reunión de oración y estudio en su hogar ese viernes de noche. Y pudo haber dicho en esa reunión que él creía que el hombre a quien habían crucificado era el Mesías.

Pero salió de la casa y sacudió sus temores. Dejó su prestigio en el suelo, y se fue a la cruz, a comprometerse con Jesús y a comenzar a vivir la vida eterna.

Años más tarde, San Pablo también hablaría de su caminata a la cruz. Escribió a los Filipenses: "Aunque yo tengo también de qué confiar en la carne. Si alguno piensa que tiene de qué confiar en la carne, yo más: circuncidado al octavo día, del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo de hebreos; en cuanto a la ley, fariseo; en cuanto a celo, perseguidor de la iglesia; en cuanto a la justicia que es en la ley, irreprochable. Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo. Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo" (3:1-8).

¿Quieren ver el grado de agradecimiento al que llegó Nicodemo?

"Después de la ascensión del Señor, cuando los discípulos fueron dispersados por la persecución, Nicodemo se adelantó osadamente. Dedicó sus riquezas a sostener la tierna iglesia que los judíos esperaban ver desaparecer a la muerte de Cristo. En tiempos de peligro el que había sido tan cauteloso y lleno de dudas, se manifestó tan firme como una roca, estimulando la fe de los discípulos y proporcionándoles recursos con que llevar adelante la obra del Evangelio. Aquellos que en otro tiempo le habían tributado reverencia, le despreciaron y persiguieron. Quedó pobre en los bienes de este mundo, pero no le faltó la fe que había tenido su comienzo en aquella conferencia nocturna con Jesús" (Elena de White, *El Deseado de todas las gentes*, p. 148).

Hoy quisiera que respondiéramos para ser elevados a un nuevo nivel de agradecimiento: A un nivel de compromiso. Tenemos grandes desafíos de evangelización.

La evangelización del mundo no se va a completar por mostrar todo lo que sabemos acerca de nuestras doctrinas. No se va a completar por nuestra capacidad de argumentación en nuestra predicación.

El testimonio de nuestro compromiso con Dios no es entregar lo menos que podamos, sino todo lo que somos.

Este día especial de agradecimiento quisiera que lo convirtiéramos en un día especial de compromiso, para dedicar toda nuestra vida, todos nuestros recursos, a la gran misión de Cristo.



El pastor Ismael Castillo Osuna estudió Teología y Educación. Realizó una Maestría en Religión en la Universidad Andrews, y su ministerio lo realizó fundamentalmente en las aulas. En 1995 recibió un doctorado Honoris Causa en Humanidades por parte de la Universidad Adventista del Suroeste, EE. UU. Desde 1987 es el rector de la Universidad de Montemorelos, México. Dotado de un gran talento para la predicación, sus sermones han circulado por toda la División Interamericana. Está casado con Norka Harper, con quien tuvo tres hijos, que a su vez le dieron cuatro nietos.

